

CAPÍTULO 1

Marco aprovechó el espejo de un comercio para atusarse los cabellos. La abundante mata de pelo castaño no conseguía disimular sus canas. Frunció el ceño y se acarició el pequeño corte de la mejilla. Se había afeitado con tanto ímpetu que casi se desangra. De la escabechina solo quedaba el recuerdo de un diminuto corte superficial a modo de arañazo; nada importante, desaparecería en unas horas... peor eran las incipientes ojeras que le venían acompañando desde hacía un par de días, ojeras que evidenciaban su creciente ansiedad. Intentó sonreír para lamentar cómo se le acentuaban las patas de gallo y se le hundían las mejillas. Alejó la vista del espejo y decidió pensar que tenía un aspecto excelente, que lo mejor era mantener un buen estado de ánimo, porque al fin y al cabo, eso es lo que captan los demás de nosotros mismos.

Siguió caminando por la calle estremeciéndose con la suave brisa primaveral, propia de aquella ciudad acariciada por el mar. Se abrochó el último botón superior de su camisa y respiró profundamente para darse ánimos y continuar.

Su intención era trabajar en una emisora de radio. Ser locutor se había convertido en una obsesión, en el deseo de su vida, tal vez en el último deseo de su vida. Y es que a sus treinta y siete años no podía sentirse más desgraciado. Viudo apenas un año atrás, sin ingresos por trabajo alguno, su nivel de vida se había disparado por el lamentable hecho de la trágica

muerte de su esposa. Un autobús la atropelló en un paso de peatones... El juicio se retrasó unos meses, pero cuando llegó, la indemnización y posterior pensión le iban a permitir subsistir con un envidiable bienestar. Él, que llevaba varios años estudiando unas oposiciones para el Ministerio de Justicia y que aquel año no se convocarían, decidió dejar de estudiar de manera definitiva. No tenía sentido y no podía concentrarse, dadas las circunstancias.

Con el ingreso de la indemnización, no se lo pensó dos veces. Dejó el piso de alquiler en el que habían vivido felices y se marchó de aquella asfixiante capital para buscar refugio en el norte, cerca del mar y lejos de los recuerdos que aún le atormentaban por las noches. Y decidió que se merecía una segunda oportunidad. No quería volver a ver a sus suegros, siempre eran un valle de lágrimas, un turbio océano de sentimientos encontrados que se ahogaban en la nostalgia efímera de un ser que nunca más volverían a ver... Penélope, sus mejillas sonrosadas, sus lustrosos cabellos ondulados y su figura esbelta y grácil. Penélope, de ojos encendidos y mirada ausente... Marco todavía percibía cómo se le dilataban las pupilas cuando la recordaba. Volvía la vista atrás, y todo el espacio de su mente lo ocupaba ella... Las huellas de doce años de matrimonio son imborrables.

Había pasado justo un año de su entierro, y no podía soportar más ese periodo de luto voluntario que se parecía prolongar en exceso, y que solo terminaría enterrándolo en vida si no escapaba de aquella ciudad, de aquel piso angustioso, de aquella levedad que lo sepultaba condenándolo a una parálisis emocional que solo conducía a la soledad.

Sí, estaba convencido de la inoportuna decisión. Fue una llamada breve y fría, y como era de esperar, sus suegros no lo entendieron. Simplemente les comunicó que se marchaba al norte para acudir a una entrevista de trabajo y colaborar como locutor en un programa de radio. El trabajo con el que llevaba

soñando años, desde que acabó Periodismo y asumió que nadie le quería contratar. Pero nunca consiguieron que olvidase su pasión por el mundo de la radio. Naturalmente, sus suegros le insistieron en que no necesitaba el dinero, que la pensión de viudedad y la indemnización le permitirían vivir con dignidad para toda la vida. Claro, no comprendían que no se trataba de necesidad económica, sino de un anhelo, de una necesidad romántica de hacer algo con su vida, una actividad que le permitiese volver a ser feliz, intentar superar el pasado y disfrutar trabajando en el oficio más divertido del mundo. Y con esa esperanza y sin mirar atrás, dejó a sus suegros con la palabra en los labios.

Las gaviotas surcaban los cielos arrogantes y orgullosas, divisando el mundo que habían transformado los humanos con absoluta indiferencia, y recordando a Marco que se aproximaba al mar. El olor a sal le embriagó, acostumbrado a los atascos de tráfico y a los desagradables aromas de las fábricas, a la polución y al efecto invernadero. Dudó entre varias avenidas y optó por la que ofrecía la acera más amplia, dejando atrás la Plaza Porticada. Al final se decidió por consultar su ruta al primer viandante con el que se cruzara. Un joven fue quien le garantizó que se hallaba a escasos minutos de la emisora de radio, lo que le produjo un ligero estremecimiento; por fin se abría la posibilidad de volver a trabajar después de varios años... Resopló de alivio y con desbordante optimismo siguió avanzando envuelto en la brisa matutina.

Un letrero descolorido con letras góticas llevaba impreso las siglas «R.C.C». Debajo, y con un tamaño extraordinariamente menor, aparecía su significado: *Radio Comercial Cantábrica*. El destino por fin abría sus fauces a un Marco que llevaba demasiado tiempo esperando.

Con mano temblorosa llamó al timbre y en pocos segundos la puerta cedió. Sintió que un frío e incómodo sudor

le recorría la espalda. Podía ser el ambiente húmedo de la ciudad... Se engañó a sí mismo, porque sin querer reconocerlo, el ritmo de su corazón se aceleró. No tanto como cuando se presentaba a las oposiciones, pero lo suficiente para hacerle perder la seguridad que lo había conducido hasta allí.

Atravesó trémulo un largo pasillo escasamente iluminado, y al fondo, una puerta entreabierta le invitó a pasar. Una mujer de mediana edad y cabellos rizados sentada en un despacho acababa de colgar el teléfono y, sin prisas, alzó la vista hacia Marco. A través de unas gruesas gafas, le escrutó de arriba abajo con expresión interrogante.

—Buenos días... venía por la entrevista de trabajo para el nuevo programa... hablé con don Antonio...

—¿Cómo has dicho?, ¿don Antonio? —y después de unos interminables segundos en los que Marco dudó si darse la vuelta, aquella mujer abrió la boca para expulsar una sonora risa. Dejó entrever un diente de oro que brillaba y una papada que se hizo más visible con el movimiento de su mandíbula. Se retiró las gafas y le contempló con sorna—. Ya sé que Antonio es el responsable de la emisora en nuestra región, pero tratarle de don... ni que fuera un cura... —y volvió a reírse mientras con la mano derecha le señalaba una puerta al fondo del pasillo.

Marco, sin saber qué pensar ni qué tratamiento dar al «responsable», avanzó por el pasillo siendo consciente de que la seguridad con la que entró le había abandonado. A sus espaldas las risas se fueron consumiendo, hasta extinguirse en un ahogado tosido. Marco tragó aire y golpeó la puerta con los nudillos.

—Adelante, puede pasar —una voz ronca, propia de alguien que se fuma un paquete de tabaco negro al día, le impulsó a entrar.

Efectivamente, era el despacho de un jefe. A su derecha, los curvados anaqueles no podían soportar tal cantidad ingente

de archivadores y carpetas. Encima de un interminable armario, se depositaban con aparente desorden multitud de dossieres y libros. En el centro del despacho, una amplia mesa de madera mostraba materiales de oficina de lo más diversos: una grapadora, varios libros apiñados, bolígrafos, un paquete de clips abiertos, ordenador, impresora, teléfono... y el jefe, el tal Antonio, que resultó ser un hombre de unos cuarenta años, vestido con un sencillo jersey gris que dejaba vislumbrar el cuello de una camisa de exagerados tonos amarillos; parecía un personaje de una película de Almodóvar, con unas extravagantes gafas de color azul turquesa. Una caprichosa y recortada barba de varios días y un rostro extremadamente delgado le daban una apariencia de persona frívola que vivía sumido en la evanescencia de su propia contemplación. Ni siquiera miró a los ojos de Marco, lo que le provocó cierta desconfianza. Simplemente, giró su cabeza hacia una enorme ventana abatible, por la que se veía discurrir la gente por la calle. Con sus manos parecía buscar algo en las gavetas de su escritorio.

—Creo que hablé con usted anteayer, me llamo Marco...

—Hablo con mucha gente a diario... me has dicho Marco... Pues no me acuerdo de nada, así que ya puedes desembuchar —su voz cascada y su tono agresivo terminaron por causar una impresión deplorable en Marco que, ingenuamente, observó una silla delante de él; pero incapaz de tomar asiento si no se lo ofrecían, esperó de pie, deseando una invitación de su interlocutor.

—Sí, Marco. Le envié un archivo PDF a su correo, en el que redacté mi currículum y el proyecto para un nuevo programa nocturno de radio. Me dijo que le parecía buena idea y que hoy me presentase en la emisora.

—Claro, enviaste a mi correo tu historial, por eso te presentas con las manos en los bolsillos, muy bonito —con despreciable indiferencia, movió el ratón de su ordenador sin

mucha intención, mientras con la otra mano intentaba sin conseguirlo sacar un cigarrillo de un paquete—. Con Internet hemos olvidado las buenas costumbres, claro, ni siquiera hubiera hecho falta que te personaras... desde tu ciudad podíamos haber hecho todo, ¿verdad? Con la cámara web hubiésemos hablado de lo divino y lo humano, y hasta el trabajo se podría enviar a distancia, mandándonos en un archivito PDF todas las semanas el dichoso programa, y nosotros lo colgaríamos y... punto final, así, sin más.

Se produjo un vaporoso silencio. El calor comenzaba a ser insoportable para Marco, poco acostumbrado a ese clima y a la impertinencia de aquel individuo. Aguantó el tipo y esperó a que le escrutara a los ojos, para mantener aquella mirada desafiante y engreída con actitud firme. Sus piernas le provocaron ciertos vaivenes y unos hilillos de sudor le atravesaron la frente hasta las cejas. Detalle que no pasó desapercibido para Antonio, que enarcó las suyas y esgrimió una sonrisa. Había conseguido su propósito, acomplejarlo, acorralarlo como a un conejo.

—Así que te llamas Marco... Te puedes sentar si quieres, voy a refrescar mi memoria —y pinchó con el ratón buscando en su correo el currículum, mientras con la otra mano encendía un cigarro, efectivamente, negro.

Marco tomó asiento y se frotó las manos con el pantalón. Las tenía bañadas en sudor. Observó el suelo de tarima flotante y esperó unos interminables segundos a que el jefe de la emisora reaccionara.

—Efectivamente, aquí te localizo... Marco, sí, leí detenidamente el diseño del programa... «Revista Contemporánea». Dos noches a la semana, seleccionas una serie de temas de rabiosa actualidad y los analizas concienzudamente... ¿Estás seguro de que por la noche la gente está dispuesta a escuchar estos asuntos?

—Mi idea es hacer un trabajo de investigación, indagar algo más de lo que nos cuentan los medios convencionales... —no pudo continuar ante el gesto desaprobatorio que Antonio realizó alzando su mano.

—Para ahí, no te lances a hablar como una locomotora. No voy a empezar a relatar una a una todas las objeciones que me plantea un proyecto tan arriesgado...

—Anteayer pareció conforme, por eso he realizado este viaje hasta aquí —intentó Marco apelar a los sentimientos para que comprendiese el esfuerzo que había realizado, acompañándolo sutilmente de un movimiento de manos con las palmas abiertas en dirección al techo. El lenguaje corporal adecuado, que años atrás le enseñaran en un curso de inteligencia emocional y habilidades sociales.

—Mira, Marco, no es mi problema si te has desplazado quinientos kilómetros para esta entrevista de trabajo, yo no te he pedido que hagas este esfuerzo... Anteayer estaría con otros asuntos... Necesitamos urgentemente cubrir dos noches por semana, pero no se trata de llenar ese espacio con cualquier extravagancia. Necesitamos audiencia —y enfatizó las dos últimas palabras abriendo exageradamente la boca, e inclinándose deliberadamente hacia Marco para invadir su espacio visual.

—Podría darme la oportunidad un par de semanas para demostrarle que un programa de investigación sí puede contar con una buena audiencia —y a su vez prolongó la última palabra, pensando que ya no tenía nada que perder.

—Ni de coña. Si perdemos oyentes en esa franja horaria, jamás los recuperaremos... Prefiero emitir música a secas, que un programa tedioso y aburrido —y ante la cara de decepción de Marco, por lo menos hizo ademán de rectificar—. No me malinterpretes, estoy seguro de que puede ser un buen proyecto, pero no para esas horas... Por la noche, la gente desea

asuntos más livianos y divertidos. La noche es sinónimo de ocio, no de investigación. Lo hemos probado todo, y no hay nada sin inventar en este mundo. Verás, lo intentamos con materias relacionadas con la parapsicología, con *realities*, concursos, humor, dramatizaciones de novelas de terror... y no sé, no conseguimos levantar el interés de los oyentes de esta región —y aspiró su cigarrillo sentenciando sus últimas palabras y sabiendo que los argumentos de Marco se acababan de venir abajo.

—Antonio, Antonio —sonó una voz metálica a través de un invisible interfono ubicado en una esquina de la mesa, que había pasado desapercibido para Marco.

—Qué quieres ahora, ¿no ves que estoy con una entrevista?

—Pues aquí tienes la siguiente, es una joven para el programa de radio que viene a la hora que tú le señalaste.

—Vale, que espere un minuto, que casi he terminado —y cortó Antonio el interfono con gesto desagradable y clavó sus ojos sobre los de un desmoralizado Marco que había dejado caer sus hombros, comprendiendo que un minuto para convencer a alguien tan obstinado es una empresa hartó complicada.

—No sé si le quedan muchas entrevistas, el error ha sido mío porque me hice ilusiones con este trabajo.

—De todas formas, no pretenderías vivir de esta emisora, aquí el sueldo es bajísimo y el horario de un programa nocturno dos noches por semana es aún peor. No sé cómo te has atrevido a venir hasta aquí siendo de la capital...

—Mi situación económica personal me lo permite —resopló abiertamente con un atisbo de orgullo, pero con poco entusiasmo y sin la menor intención de explicarle su viudez; hizo amago de levantarse para marcharse, derrotado y arrepintiéndose de haber hecho un largo viaje para nada.

—Espera un segundo, igual se nos ocurre algo original —Antonio sonrió compasivo por primera vez en aquel incómodo interrogatorio y abrió el interfono—. Que pase la siguiente,

haz el favor —se escuchó un débil ruido de fondo y lo cerró mientras apagaba el cigarro en un cenicero. Marco comprobó que sus dedos temblaban.

¿Sería posible que Antonio estuviese nervioso? Pensó que también habría realizado los mismos cursos de habilidades sociales donde te enseñaban a ocultar tus puntos débiles... Aquel tipo sabía causar una fuerte impresión de seguridad, de rotunda fuerza de carácter. «Tal vez una máscara como la que llevamos todos, para ocultar una profunda y miserable debilidad de sentimientos».

—Buenos días, ¿puedo pasar? —un dulce perfume de mujer invadió el despacho, y ambos hombres abrieron sus ojos hacia la joven que había pronunciado esas palabras—. Si lo desean, espero fuera —se trataba de una mujer de unos treinta y cinco años, con largos cabellos rubios, bien proporcionada y exquisitamente maquillada. Con sus anchas y estilizadas caderas que contrastaban a la altura de la cintura, más estrecha y adornada con un amplio cinturón, avanzó unos pasos sonriendo para ganarse la confianza de sus interlocutores. Sus generosos pechos dejaban traslucir amablemente unos pezones enhiestos y duros. Marco se atrevió a bajar los ojos para disfrutar de la visión que le ofrecía su minifalda roja con una ligera abertura a ambos lados, y de sus llamativas medias negras, con unas botas altas que pedían guerra. Conteniendo la respiración, desvió la vista hacia los centelleantes ojos de Antonio para comprobar que, definitivamente, el trabajo sería para ella... no tenía ninguna posibilidad, y lo comprendía perfectamente.

—Por favor, adelante, estás en tu casa —sonrió ampliamente Antonio, descubriendo un brillo pícaro en sus mejillas ante la deliciosa visión que se le ofrecía—. De hecho, Marco ya se iba, ¿verdad?

—Claro, se me hace tarde —disimuló su frustración mirando su reloj y se levantó de la silla. Pudo mirar de soslayo

a aquella mujer que había sabido cautivarles, y lamentando su suerte, por puro instinto ofreció la mano a Antonio para despedirse.

—Gracias por su visita, Marco... estamos en contacto —fueron sus últimas palabras, mientras se ponía en pie para recibir a la mujer que estaba destinada a acaparar toda su atención.

—Me llamo Sandra. Aquí traigo el proyecto que he diseñado para el nuevo programa de radio... ¡Hasta luego, Marco, y encantada! —Marco dio un respingo para sonreír a aquella hermosa mujer que le estaba despidiendo con su fogosa mirada. Aún tuvo tiempo de contemplarla de espaldas, para admirar sus piernas y su firme trasero atrapado en una ajustada minifalda. Salió del despacho envuelto en el delicioso perfume de aquella mujer, y con unos arrebatadores deseos de darse la vuelta y seguir contemplándola.

Avanzó despacio por el pasillo dejando de escuchar la conversación, pisando la tarima flotante en la que antes no había reparado por los nervios. Un maldito sudor le humedecía las axilas y la frente, así que cuando llegó al recibidor donde le había atendido la mujer de mediana edad y el diente de oro, agradeció que tuviese la ventana abierta y le refrescara el rostro.

—Ya he terminado, gracias y buenos días —se dispuso a abandonar aquel edificio sintiendo que su garganta estaba seca y necesitaba urgentemente un buen vaso de agua.

—Gracias a usted, y no ponga esa cara de cordero degollado, que no es para tanto.

—¿Cómo dice? —Marco frunció el ceño bruscamente, no estaba dispuesto a que se burlasen de él.

—Digo que por aquí han pasado muchas jóvenes apuestas que luego no sabían hablar delante de un micrófono, incapaces de improvisar, y no hablemos de lo difícil que es mantener un programa más allá de las primeras semanas. La rutina

es mala compañera de la audiencia, así que no te des por vencido, quizás aún tengas alguna oportunidad...

—Lo dudo mucho, más aún si vienen un par de modelitos como esta... estoy perdido.

—¡Qué va! Lo que pasa es que Antonio se ha vuelto un poco chulo, pero para lo que paga, ¿te crees que vamos a tener muchos candidatas? Creo que esa joven descarada y tú sois los únicos, y te aseguro que se ha publicado en la prensa, y llevaba muchos días difundándose por la red.

—Bueno, gracias por darme ánimos, pero creo que me volveré a mi tierra en el próximo tren...

—Tampoco hay que tomárselo tan en serio. Quédate un día por lo menos, date una vuelta por el Sardinero, disfruta de los encantos de nuestra ciudad, que ya hablaré con Antonio...

—y le guiñó un ojo a través de sus gruesas gafas, lo que animó a Marco a cambiar de actitud y levantar el mentón.

Por fin podía respirar. Caminó sin rumbo por el paseo marítimo mientras planificaba su destino. Había viajado en tren el día anterior con dos maletas por equipaje que dormían en su hotel, y no sabía si pernoctar una noche más o recogerlo todo y marcharse cuanto antes, derrotado... Contempló el lecho brumoso del mar, la espuma que se formaba en la orilla y las algas que arrastraba la corriente y que morían en la playa... Era el destino de las algas... ¿Y cuál era el suyo?